

El Sacrificio

Para comprender la realidad del sacrificio consideraremos la crucifixión y muerte de Jesucristo. Es cierto que Él se sacrificó por nosotros. ¿Cuál es el significado de esto? Cuando Cristo apareció, sabía que tendría que proclamarse a sí mismo en oposición a todas las naciones y pueblos de la tierra. Sabía que la humanidad se levantaría en su contra y el infligiría toda clase de daños. No cabe duda de que cualquiera que presentara una demanda como la que Cristo anunció, levantara la hostilidad del mundo y fuera víctima de abusos personales. Se dio cuenta de que su sangre sería derramada y su cuerpo desgarrado por la violencia. A pesar de saber lo que le sucedería, se levantó y proclamó Su Mensaje, sufrió toda tribulación e injusticia en manos del pueblo y finalmente ofreció Su vida como sacrificio para iluminar a los hombres; dio Su sangre para guiar al mundo de la humanidad. Aceptó toda calamidad y sufrimiento para conducir a los hombres a la Verdad. Si hubiera deseado salvar Su propia vida, y no hubiera deseado ofrecerse en sacrificio, no hubiera sido capaz de guiar una sola alma. No había duda de que Su bendita sangre sería derramada y Su cuerpo destrozado. Sin embargo, aquella alma santa aceptó la calamidad y la muerte por Su amor a la humanidad. Este es uno de los significados del sacrificio.

En cuanto al segundo significado, dijo: “Yo soy el pan vivo que descendió del Cielo”. No fue el cuerpo de Cristo el que bajó del Cielo. Su cuerpo vino del vientre de María, pero las perfecciones de Cristo descendieron del Cielo; la realidad de Cristo vino del Cielo. El Espíritu de Cristo y no Su cuerpo descendió del Cielo. El cuerpo de Cristo era meramente humano. No puede haber duda de que el cuerpo físico nació del vientre de María. Pero la realidad de Cristo, el Espíritu de Cristo, las perfecciones de Cristo, todas vinieron del Cielo. Por consiguiente, al decir que Él era el pan que venía del Cielo, quería decir que a las perfecciones que manifestaba eran divinas, que las bendiciones dentro de Él eran dones y dádivas celestiales, que Su luz era la Luz de la Realidad. Él dijo “Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre”. Es decir, quienquiera que asimile estas perfecciones que están dentro de Mí jamás perecerá; quienquiera que participe y tenga una parte de estas bondades celestiales que Yo encarno encontrará vida eterna, aquello que tome para sí estas Luces divinas encontrará la vida sempiterna. ¡Cuán manifiesto es el significado! ¡Que evidente! Pues el alma que adquiere perfecciones divinas y busca iluminación celestial en las enseñanzas de Cristo, sin duda vivirá eternamente. Este también es uno de los misterios del sacrificio.

Por otra parte, Abraham se sacrificó a sí mismo, porque trajo enseñanzas celestiales al mundo y confirió alimento celestial a la humanidad.

En cuanto al tercer significado del sacrificio, es como sigue: si plantáis una semilla en el suelo, de ella nacerá un árbol. La semilla se sacrifica por el árbol que surgirá de ella. En apariencia la semilla se pierde y se destruye; pero la semilla, la misma semilla que se sacrifica, es absorbida y se incorpora al árbol en sus capullos, frutos y ramas. Si la identidad de esa semilla no se hubiera sacrificado por el árbol que creció de ella, ni las ramas ni los frutos ni los capullos hubieran nacido. Cristo desapareció físicamente. Su identidad personal quedó oculta a la vista tal como desapareció la identidad de la semilla, mas las bondades, cualidades divinas y perfecciones de Cristo se hicieron manifiestas en la comunidad cristiana que Cristo fundó al sacrificarse. Cuando miréis el árbol, os daréis cuenta de que las perfecciones, bendiciones, propiedades y belleza de la semilla se han manifestado en las ramas, vástagos, capullos y frutos; por consiguiente la semilla se ha sacrificado por el árbol. Si no lo hubiera hecho así, el árbol no habría existido. Cristo, igual que la semilla, se sacrificó por el árbol de la cristiandad. Por eso sus perfecciones, bondades, favores, luces y gracias se hicieron manifiestas en la comunidad cristiana, por cuyo advenimiento Él se sacrificó.

En cuanto al cuarto significado del sacrificio: es el principio de que una realidad sacrifica sus propias características. El hombre debe desprenderse de las influencias del mundo material, del mundo de la naturaleza y de sus leyes; pues el mundo material es el mundo de la corrupción y de la muerte. Es el mundo del mal y de la oscuridad, de la animalidad y de la ferocidad, de la sed de sangre, la ambición y la codicia, de la egolatría, el egoísmo y la pasión; éste es el mundo de la naturaleza. El hombre debe desligarse de todas estas imperfecciones, debe sacrificar estas tendencias que son privativas del mundo exterior y material de la existencia.

Además, el hombre tiene que adquirir cualidades celestiales y alcanzar atributos divinos. Debe convertirse en la imagen y semejanza de Dios. Debe buscar la bondad de lo eterno, convertirse en expositor del amor de Dios, la luz de guía, el árbol de la vida y el depositario de las bondades de Dios. Es decir, el hombre debe sacrificar las cualidades y atributos del mundo de la naturaleza por las cualidades y atributos del mundo de Dios. Por ejemplo, considerad la sustancia que llamamos hierro. Observad sus cualidades: es sólido, negro y frío. Estas son las características del hierro. Cuando absorbe el calor del fuego, sacrifica su atributo de solidez por el de fluidez. Sacrifica su atributo de oscuridad por el de la luz, la cual es una cualidad del fuego. Sacrifica su atributo de oscuridad por el de la luz, la cual es una cualidad del fuego. Sacrifica su

atributo de frialdad por la cualidad del fuego. Sacrifica su atributo de frialdad por la cualidad del calor que el fuego posee; de modo que en el hierro ya no queda ninguna solidez, oscuridad n frialdad. Se ilumina y transforma sacrificando sus cualidades por las cualidades y atributos del fuego.

Del mismo modo, cuando el hombre se separa y desprende de los atributos del mundo de la naturaleza, sacrifica las cualidades y exigencias de ese reino mortal y manifiesta las perfecciones del Reino, tal como desaparecieron las cualidades del hierro y en su lugar aparecieron las del fuego.

Todo hombre educado por las enseñanzas de Dios e iluminado por la luz de Su guía, que llegue a ser un creyente en Dios y Sus signos y esté encendido con el amor de Dios, sacrifica las imperfecciones de la naturaleza en aras de las perfecciones divinas. Por consiguiente, toda persona perfecta, todo individuo iluminado y celestial ocupa la posición del sacrificio. Es mi esperanza que mediante la asistencia y providencia de Dios y a través de las bondades del Reino de Abhá, os desprendáis enteramente de las imperfecciones del mundo de la naturaleza, os purifiquéis de deseos humanos egoístas, recibáis vida del Reino de Abhá y logréis las gracias celestiales...

La Promulgación de la Paz Universal, # 132